

cado a esta mujer y su tiempo, ambos terribles. Será el martes **3 de febrero a las 17,15** en la **Virreina**.

La novela negra es pródiga en argot local, pero pocas veces se piensa en

el trabajo del traductor, encargado de buscar la palabra exacta que refleje el lenguaje de un criminal del otro lado del océano. BCNegra dejará hablar a los traductores, y les dará voz a las nuevas ten-

dencias –y colecciones– que ahora mismo están cambiando la fisonomía del género. También se homenajea un libro muy peculiar, escrito a cuatro manos y publicado hace 25 años: *Consejos de*

un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce. Uno de sus coautores, Antonio Porta –el otro fue Roberto Bolaño– hablarán de esta historia concebida como relato policial, en una mesa redonda

en la que también participará el editor Jaume Vallcorba (**miércoles 4 de febrero, a las 19 horas**, en la **Biblioteca Francesca Bonnemaison**).

El suceso llamado

Gomorra (**el jueves 5 de febrero a las 17,15** en la **Virreina**) y el gran destripador de la mafia llamado Leonardo Sciascia. Este último tendrá su homenaje el **viernes 6 de febrero a las 16 horas**,

también en la **Virreina**.

La narrativa policial autóctona cuenta con valores tan firmes como Jordi de Manuel, en catalán, y Empar Fernández y Pablo Bonell, en castella-

no. Estos y otros escritores protagonizarán mesas redondas (el **lunes 2 de febrero a las 19 horas** en la **Virreina**, y el **sábado 7 de febrero a las 11 horas** en la **Biblioteca La Fraternitat**, en la

Barceloneta).

BCNegra volverá a tener problemas de aforo. Se teme que el ganador del premio Pepe Carvalho, Michael Connelly, repita el éxito de Mankell el pasado año. Y si >

ton explora una nueva forma en cada libro.

Cuarenta y dos años tenía cuando inició su alfabeto del crimen, pero en verdad escribía desde los 18. De su paso como guionista en Hollywood le quedó algo claro: jamás ha vendido el destino de Kinsey a una productora. Ella y sólo ella es la responsable de todo lo que le ha sucedido –en *B de bestias*, *G de guardaespaldas* o *P de peligro*: son veinte las entregas hasta hoy– y de lo que le sucederá.

Pero el tiempo ha incidido mucho en el destino de este alfabeto sobre criminalidad, miseria, egoísmo, mentiras y secretos. Ocurre que Sue Grafton fue creciendo como escritora y como mujer, pero respetó la edad que tenía su detective en 1980 y su derecho a evolucionar de a poco y como es debido, libro tras libro. En tanto que aquellas primeras novelas le sonaban muy contemporáneas al lector, hoy, cuando transcurre el año 1987 y Kinsey se acerca a los 38 años, son de otro tiempo: “En esencia, escribo novelas históricas que requieren mucho trabajo de investigación, libros sobre moda en los ochenta, arquitectura, consultas a especialistas y búsquedas en internet... 1988 me parece que fue ayer, pero desde entonces el mundo ha cambiado muchísimo. Las máquinas de fax eran lentas, había algunos teléfonos móviles, pero muy toscos y con una mínima cobertura. Todo esto conduce a Kinsey a llevar a cabo sus investigaciones al viejo estilo, con mucha planificación, análisis e ingenuidad”.

Grafton es una autora premiada y una rigurosa lectora de nuevos escritores: “El peor error que puede cometer un autor novel es negarse al trabajo de documentación, a basar sus historias –generalmente burdas– en la mala televisión”. Y concluye: “Nada es fácil en este mundo, y la novela negra quizás esté en los primeros lugares de la lista de los trabajos más arduos”. Admiradora desde siempre de Ross McDonald y Elmore Leonard (“su estupendo oído para el diálogo y su interpretación de los bajos fondos”), además Grafton habla de este modo de sus contemporáneos: “Sigo con ojo atento a los autores que también tienen series alrededor de un mismo protagonista. Soy fan de Michael Connelly, P.D. James y Ruth Rendell. Creo que los autores de novelas de detectives son los neurocirujanos de la literatura. El trabajo es delicado, y re-

quiere mano diestra. Un argumento refinado puede llevar años”.

Por ejemplo, en *S de silencio* Kinsey tiene que investigar un caso muy antiguo: la desaparición de una muchacha en los años cincuenta. Grafton nos lleva a lo imposible: a aquel pueblo con sus prejuicios y su aparente sencillez, y su sofocante oscuridad. Reconstrucción de época e investigación criminal, ambas impecables.

Y otro ejemplo, más cerca aún. Grafton pasó tiempo barajando distintas líneas narrativas, “pero nada me parecía bien, me retorció las manos y me tiraba de los pelos. Al fin, un día me dije: ‘¡Ya basta de lloriquear y elige una opción!’”. Y eligió algo muy difícil: “Un tema muy duro, pero me comprometí a seguir adelante, a pesar de mis recelos”. En efecto, *T de trampa* narra una crueldad suprema, la de una enfermera –un monstruo– que se aprovecha de un viejo desvalido, vecino de Kinsey, para maltratarlo a su antojo y despojarlo de sus derechos y, por supuesto, de su cuenta bancaria. Grafton desarrolla esta escabrosa historia –el abandono y el maltrato de los mayores– con verdadera elegancia. Le señalo a Grafton que tiene una especial manera de abordar la violencia y que, de hecho, al principio (e ingenuamente) todo se presenta muy tranquilo y normal (y resulta que se está cocinando algo muy difícil de soportar). “Entiendo su punto de vista. Trato de trabajar lentamente, llevando el conflicto hasta el punto en el que la violencia es inevitable. La violencia es un elemento dramá-

“Creo que los autores de novelas de detectives son los neurocirujanos de la literatura. El trabajo es delicado, y requiere mano diestra”

tico, pero nada quiere decir si no conozco sus razones ni la naturaleza de los caracteres”.

Para que quede claro que hasta la Z habrá mucha más tragedia (y ese ligero humor que se filtra en el momento más insoportable), la creadora de esta muchacha que se lleva tan bien con su casero octogenario concluye: “Me interesa la personalidad sociopática, la gente que carece de empatía y de consideración por los demás”. |

Michael Connelly

El detective que mira en su interior

Michael Connelly
El observatorio
Traducción de Javier Guerrero

ROCA
220 PÁGINAS
19 EUROS

Crónicas de sucesos
Traducción de Javier Guerrero

EDICIONES B
330 PÁGINAS
19,50 EUROS

Y SE REEDITAN

Deuda de sangre
Traducción de Javier Guerrero

EDICIONES B
447 PÁGINAS
20 EUROS

El vuelo del ángel
Traducción de Camila Batlles

ZETA BOLSILLO
457 PÁGINAS
10 EUROS

LILIAN NEUMAN

Un día hace muchos años Michael Connelly (Filadelfia, 1956) decidió seguir la senda de Raymond Chandler. Y lo hizo a fondo, dejando Florida, donde trabajaba como reportero, para instalarse en Los Angeles. En otras palabras, se fue a vivir al escenario de Philip Marlowe y, como Chandler en su día, estableció su propia relación con la ciudad. Una relación que en verdad ha ido resolviendo a través de su personaje –tremendo personaje– desde 1992, con la publicación de *El eco negro*: el policía Harry Bosch.

Es posible –muy posible– que Harry Bosch sea en nuestro tiempo lo que Philip Marlowe fue en los años 40. Dicho de otro modo, ¿qué novelas escribiría Chandler hoy?: “Creo que la temática de Chandler daría un viraje hacia la

corrupción en la ciudad a través de la codicia. Creo que hoy Chandler dirigiría su mirada hacia la destrucción de los barrios por la droga y el poder. Y lo creo por su gran sentido para captar la belleza deteriorada de esta ciudad”.

De Harry Bosch –*El último coyote*, *Luz perdida*, *Pasaje al paraíso*, *El vuelo del ángel* (reeditada por Zeta Bolsillo) y *Echo Park* (Roca)– sabemos mucho más que de Philip Marlowe: hijo de una prostituta, fue criado en casas de acogida, combatió en Vietnam, tuvo un matrimonio doloroso con Eleanor, una hija que hoy está lejos, fue desahuciado del cuerpo policial y luego readmitido, vivió una accidentada relación con Rachel, una *profiler* del F.B.I. Bosch no es un tipo comunicativo, pero sabemos mucho de él: “Creo que esto se debe a la forma en que las novelas de detectives >



Michael Connelly, fotografiado en Casa Leopoldo (Barcelona)

XAVIER CERVERA

> el diálogo de Connelly con Josep Cuní promete, y mucho (**miércoles 4 de febrero, a las 19,15** en el **Teatro Romea**), es posible que el **viernes 6 de febrero la Rambla, frente a**

la Virreina, se vean algo colapsadas: allí estará, a las **17.30**, Sue Grafton para encontrarse con sus seguidores del Alfabeto del Crimen.

Para los que se

queden fuera, hay una última oportunidad: el encuentro informal de cada año, a las puertas de la **Librería Negra y Criminal** –calle de la Sal, 5, Barcelona– el **sábado 7 de febrero**. Como

cada año, apueste el lector a que ese día, y a eso de las doce de la mañana, comenzará a brillar el sol para este mundo negro que insiste en tener, año tras año, una envidiable buena salud.

> han ido cambiando. Hoy es posible encontrarse con un detective mirando en su interior, esperando resolver algo sobre sí mismo al mismo tiempo que resuelve un caso. Esto realmente no pasaba en la época en que Chandler desarrolló su trabajo”.

Se debe decir que existen novelas de Connelly sin Bosch, como *Deuda de sangre* (que reedita ahora Ediciones B), protagonizada por Terry McCaleb, ex del FBI que se recupera de un trasplante de corazón mientras afronta una investigación que lo toca muy de cerca. En verdad, Connelly ha creado una especie de familia de personajes, que van y vuelven y que hasta se emiten guiños entre ellos: en *El vuelo del ángel* le preguntan a Bosch qué le parece la película de Clint Eastwood, la versión cinematográfica de *Deuda de sangre*.

Pero el genio es Bosch. En esta última *El observatorio* (Roca), sólo un tipo que no tiene empacho en incomodar al FBI (incluida su ex Rachel, a quien metió en un serio problema en *Echo Park*), que no duda en contradecir y burlar las reglas del juego, y a la vez tan obsesivo, detallista y valiente hasta el delirio como Bosch, puede poner en marcha el aceitado mecanismo de este thriller policial y político: “Es un gran elogio para Harry, muchas gracias. Sí, quiero que Harry sea el centro de la rueda, porque yo veo la historia como un coche. Harry es su conductor y quiero que el lector se deje llevar por él, que confíe en él, aún sin saber adónde lo va a llevar. Cada escritor encuentra su propio camino. No estoy seguro de que para unos sea más importante el carácter del protagonista y para otros el argumento. Para mí, es mejor preguntarme qué quiero hacer con Harry y luego buscar el argumento en donde esto pueda desarrollarse. Esto no quiere decir que el argumento no sea importante. ¡Todo es importante! Desde el principio, cuando inicié mi viaje con Bosch, busqué un sabor determinado: que él formase parte del cuerpo de policía, que cargase con una chapa de identificación, pero que al mismo tiempo se sintiese un *outsider*. Quería que fuese sospechoso dentro de la organización de la que formaba parte. Fue una forma de crear un arquetipo clásico: el detective solitario”.

De Connelly se recupera hoy una parte de su vida profesional que fue decisiva: su etapa, en sus inicios, de periodista de sucesos:

Crónica de sucesos (Ediciones B) trata diversos asuntos escabrosos –asesinos reincidentes, víctimas del abandono familiar, ladrones y violentos incorregibles–, los que Connelly siguió de cerca, al mismo tiempo que, observando a los detectives de verdad, iba creando de a poco a su detective de ficción. Notable el prólogo (*Momentos. Todo se reduce a momentos*) y dos hechos evidentes. Uno, que su época de redactor le proporcionó algo que mantiene hasta hoy: buenos contactos con la policía. Dos, la voluntad de narrar –sea realidad o ficción– con precisión e intensidad: “Creo que el peor error que puede cometer un reportero o un novelista es el mismo: perder velocidad, ritmo (es más interesante respetar al Connelly original: *to lose momentum*). Sea una historia real o una novela, lo que el lector espera es velocidad. Quiere ser llevado en una suerte de carrera. Si usted no escribe con fluidez y con claridad, se empantará. Y el lector se empantará con usted. Usted ha perdido velocidad”.

En cuanto a la relación con sus informantes, hay algo singular: porque Connelly ataca una y otra vez contra la corrupción de la policía. “No es problemático escribir sobre eso porque es la realidad. Los policías que me ayudan afrontan esta

“Lo que el lector espera es velocidad. Quiere ser llevado en una suerte de carrera. Si usted no escribe con fluidez y con claridad, se empantará”

realidad cada día, y en definitiva no hago más que subrayar las dificultades que ellos tienen a la hora de hacer su trabajo”.

Connelly, considerado uno de los más importantes escritores americanos de novela negra –un lugar de honor que comparte sin duda con Dennis Lehane (*Mystic river*)–, sigue trabajando tenazmente cada día en las historias de Bosch. Se diría que convive con Bosch desde hace diecisiete años. ¿Bosch ha cambiado la vida de Connelly? “Creo que cada uno influye sobre el otro. Creo que lo más importante es que los dos tenemos hijas de la misma edad. La vulnerabilidad ante la paternidad, eso es algo que los dos sentimos.” |

Latidos

La historia más antigua

SERGIO VILA-SANJUÁN

El libro que voy a recomendarles es una nueva versión de la historia más antigua del mundo. Se remonta al año 2.100 a. C. y por tanto le lleva mil años de ventaja a los textos primitivos de la Biblia y 1.300 a la *Odisea* de Homero. En sí misma esta narración, la de Gilgamesh, cuenta con una historia fascinante.

En 1844 Austen Henry Layard, un típico viajero británico de la época, aventurero y curioso, supo de unas antigüedades supuestamente enterradas en lo que hoy es Mosul (en Iraq) y decidió excavar: encontró las ruinas del palacio de Nínive, antigua capital del imperio asirio. En varias estancias aparecieron miles de tablillas escritas, que siguiendo los discutibles protocolos de la época, fueron rápidamente transferidas al Museo Británico. Pasarían trece años hasta que su escritura fuera descifrada (era lenguaje acadio), y otros quince hasta que un estudioso, George Smith, descubriera entre ellas un primer relato de la historia bíblica del diluvio y realizara una pionera reconstrucción de la historia de Gilgamesh.

Gilgamesh era el rey de Uruk, la mayor ciudad existente en los albores de la civilización. Era poderoso, violento, magnífico y cruel. Tanto que para rebajarle los humos los dioses propiciaron la creación de una especie de doble del monarca, llamado Enkidu, a quien la prostituta sagrada Shamhat se encargó de civilizar en una “sesión continua” de



Excavaciones cerca de Mosul, en Iraq

KARIM SAHIB/EPA

sieta días. Tras pelear duramente, Gilgamesh y Enkidu se hacen amigos –muy amigos– y corren diversas aventuras, pero cuando matan a Humbaba, el monstruo que custodiaba el bosque de los Cedros, desafían el orden de la naturaleza y provocan una catástrofe. Atormentado, Gilgamesh se va a buscar el secreto de la inmortalidad y para ello tiene que realizar una proeza atlética, cruzar el túnel bajo los Montes Gemelos en menos de doce horas, antes de que el sol lo invada con su mortífero fuego. Tras conocer los secretos del Gran Diluvio, el héroe vuelve a Uruk, la ciudad “con la que ninguna otra de la tierra puede compararse”, más sabio y sosegado.

El historiador y poeta Stephen Mitchell ha hecho algo que los puristas desaprobarían: sin saber acadio, ha fundido distintas traducciones directas del *Gilgamesh* –hay varias excelentes, alguna al español en un texto claro y sintético, sin repeticiones ni elipsis. Su versión en verso al inglés ha sido trasladada en prosa al castellano por J. Alonso y publicada por Alianza en un precioso volumen, de los que apetece guardar. Se trata pues de una recreación en segundo grado, con un prólogo que relaciona el poema con distintas preocupaciones ecológicas, espirituales y sexuales de nuestro tiempo. Constituye la introducción perfecta a un mundo legendario que los jóvenes actuales, crecidos con *La guerra de las galaxias*, entenderán a la primera, y quienes cuentan el *Gilgamesh* entre las lagunas de su cultura general, como uno de aquellos textos que siempre da pereza leer, pueden ahora garantizadamente disfrutar.